

THE GOOD THIEF



unca se hubiera perdonado abandonar la casa sin visitar a los niños. A la pequeña, que yacía perdida en la inmensidad de su cama, la encontró tan dormida que le mandó solo un beso volado desde la entrada por no molestar. Al niño, de sueño inquieto, que dormía atravesado en la cama y al que había oído toser varias veces, le sacó una manta adicional del altillo y sujetó las sábanas para que no volviese a coger frío. Ya en la cocina juntó la puerta y aprovechó ese momento de reposo —cuando hasta la noche parece recogerse sobre sí misma— para fregar los platos de la cena con el mayor sigilo. Se secó las manos y echó el trapo a la lavadora, que programó a la temperatura justa para que a la mañana siguiente

bastase con pulsar una tecla. Sacó del refrigerador el caldo de la noche anterior; aun congelado, del cazo se desprendía un olor que bañó sus papilas como una caricia humedecida: «Qué delicia de mujer», pensó, imaginándola bajo sus sábanas al fondo del pasillo. Desechó la imagen. No era tiempo ni lugar. Preparó los sandwiches para el colegio de los niños, algo ligero pero que les brindase la fuerza que sus genes y edad requerían. Luego escribió un pósit para la mujer que pegó en la puerta de la nevera, junto al dibujo de la pequeña —ese donde se veía a su papá con la maleta—, recordándole que debería llamar al cerrajero y aconsejándole uno de confianza porque, especialmente en esos gremios, no es sencillo encontrar de quién fiarse. Poco antes de que sonara el despertador se marchó con todo lo que había desvalijado, cerrando la puerta con extremo cuidado para no despertar a nadie. Sabía que esas cosas, en el fondo, son siempre de agradecer.

EL AMANUENSE



u caligrafía era uniforme, inteligible, nada que delatase abatimiento o euforia. Su pulso se afirmaba como un cincel en cada nimio detalle: el suave oleaje de las emes, el breve lazo de las eses, el techado leve de las tes. Se deleitaba en los remates y en el artificio de la puntuación, consciente de ralentizar el trazo hacia el final, sabedor de que la última palabra se asoma a su propio abismo. De vez en cuando alzaba la vista del libro como quien levanta una copa invisible, celebrando su obra silenciosa, delicada y eterna como el cristal del tiempo. Al finalizar su labor brindaba, ebrio de olor a tinta y a simiente de papel, por el alfabeto secreto y minucioso de la vida.


NI DIOS



ras arduos cálculos que desbordaban las pizarras del estudio, el matemático finalizó la depurada ecuación donde demostraba de modo irrefutable la existencia de Dios. Ni dogma religioso ni ciega apuesta en manos del azar: se trataba de una verdad sin mancilla, destilada durante años en apuntes de una elegancia concéntrica, como los pétalos que —afirman— circundan la rosa infinita del paraíso. Meses más tarde, ante gran expectación de científicos y medios, el matemático presentó sus conclusiones. Su riguroso razonamiento alcanzó tales cotas de sofisticación y sutileza que nadie pudo seguirlo ni tanto menos entenderlo, de modo que al fin y al cabo todo se redujo, una vez más, a una mera y ancestral cuestión de fe.

SÍNTESIS



«i no hubieras olvidado de nuevo las cochellaves llegafiestábamos», dijo él. «Eso es una cochimentira y lo sobrasabes», respondió ella enfairritada. La noche no bienpezaba, una vez más. Transcurrido un momenterno contiañadió: «Si no te mismopen-saras tanto lo hubieras cuentadvertido antes de puertalejarnos». Él puntostaba de echacarrarle su culpalista, que se había grandampliado con los años. Pero de repente le nostalgano algo como una memostalgia. Reflexpondió un brevinstante y su voz, sincetriste, sonó a ternusperanza: «Tienes mundorazón, vidamor, ¿por qué no regrecamos y nos lentamamos hasta la nochamanecer?». Ella, sorprecojada por la inespeoferta, sonriesplendió.

LA LLEGADA DEL BUEN TIEMPO



«Cae o cayó. La lluvia es una cosa
que sin duda sucede en el pasado.»

~ J.L. Borges



ACÍA MESES QUE LLOVÍA sin cesar. No era una lluvia que llamase particularmente la atención. No había en ella ni la exuberancia de la tormenta ni la urgencia lapidaria del chaparrón. Ni siquiera alcanzaba la precaria persistencia del calabobos. Era un esbozo de lluvia, leve como cabello de ángel, un *pentimento* del cielo, tan sutil que ni los satélites meteorológicos más sensibles ni la gente del campo —siempre atenta a las variaciones de luz o a las inclemencias del reuma— lograban percibir. En la televisión una chica de sonrisa impostada predecía sol una semana más como, por otra parte, venían haciendo en todos los

canales desde hacía meses. A pesar de ello él podía verla cada mañana en su ventana, trazando pinceladas de trazo febril, casi impresionista, sobre el cristal. Más de una vez pensó que se trataba solo de un efecto de la luz sobre el cristal de su habitación, un espejismo atroz de la soledad que —como los desiertos— gusta de invocar sus oasis apenas por pasatiempo. Otras veces imaginaba que una combinación improbable de refracciones revelaba esa lluvia secreta, tal como la incidencia de la luz sobre un pozo a cierta hora había revelado a Eratóstenes la circunferencia de la tierra. Al salir al patio su vecina lo saludó con una sonrisa deslumbrante, solar, de emoticono:

—Nos espera otro día de sol, vecino —dijo.

—Otro más —asintió él con sonrisa forzada, sujetándole la puerta, haciendo tiempo para que la mujer saliera a la calle mientras apretaba a su espalda, cada vez con más fuerza, el mango húmedo del paraguas.

SINSABORES



«El arte no tiene nada que ver con el gusto.

No existe para que se le pruebe.»

~ Max Ernst



DESCUBRIERON UNA PORTERÍA a las afueras de Alacuás donde ningún jugador era capaz de meter gol. Incluso a portería vacía el astro del equipo local solo conseguía que los balones salieran, uno tras otro, lamiendo el palo. No importaban ángulos ni distancias, porque siempre había un césped en mal estado, una piedra en la que nadie había reparado, un desnivel o un golpe de viento que alejaba el balón lo justo para que acabase *necesariamente* rozando el palo. Así sucedió continuadamente durante meses para gran desesperación de la hinchada local y del entrenador, que hubo de huir ese año del pueblo

quemando ruedas. Hasta que un lunes por la tarde descubrieron, gracias al hijo menor de un utillero del club, que los palos tenían un sabor irresistible. El suceso levantó un gran revuelo porque el niño se quedó con la lengua pegada a ellos durante siete interminables horas, tras lo cual su madre se lo llevó a rastras y castigado sin videojuegos durante un mes. Una vez extraído el niño, los palos fueron lavados a conciencia con sulfumán, tras lo cual los aficionados sumaron algunos agentes patógenos cuyo origen nadie supo o —con innegable buen criterio— nadie quiso indagar. Ahora los balones ya no se atreven siquiera a rozar los palos, pero da lo mismo porque desde entonces los jugadores solo meten unos goles desabridos, realmente insípidos, que ya nadie celebra.

BILLY BUDD, CAMIONERO



*« Il y a souvent plus de naufragés au fond d'une âme
qu'au fond de la mer. »*
~ Victor Hugo



ESPUÉS DE INTERMINABLES años en los caladeros del norte, el hombre no llegaba a habituarse al camión ni a la rutina indolente de la autopista. El devenir incierto de los días en el mar y las tormentas se había transformado con el tiempo en puertos de montaña, cafeterías de techos bajos en zonas de descanso, peajes y moteles de carretera donde la luz nunca se apagaba, como si quienes habitan sus radas temiesen las sombras que depara el asfalto. No le importaba. El sueño lo había perdido el mismo día que se dio a la mar por primera vez. Así lo repetía a veces cuando le preguntaban por su pasado: «Me di a la mar». No

había habido en él otra ambición ni espíritu de aventura que la esperanza de sobrevivir a varios años de paro, pero lo cierto es que al cabo de unos meses él se había dado al mar y el mar, madre madrastra, lo había acogido. Lo aceptó como lo que era, un sentimiento tan contradictorio e irreal que por fuerza debía ser la realidad.

El patrón, un hombre que prescindía de todo vocabulario que no fuesen las maldiciones, una noche en que la borrachera parecía haberle devuelto el don inédito del lenguaje, les dijo:

«Los peces duermen con un ojo abierto y otro cerrado. Nos separan unos metros, pero a la distancia justa todos somos el mismo cebo. Para ellos somos el pez grande pero a nosotros nos persigue el pez más grande de todos, el océano, que nos devora la vida y entre arrastres a veces nos devuelve a la orilla. Si hay bonanza regresamos sanos pero nunca salvos, olvidad esas mierdas. La salvación es cosa de hombres de tierra, no de hombres de mar».

Fue la última vez que compartió con ellos algo parecido a una conversación, una semana antes de que su embarcación fuese embestida por un carguero ruso y muriese allá abajo, encerrado en el angosto camarote de su propia soledad.

Todo aquello lo recordaba cada noche como un lastre anclado a su memoria, que ahora yacía allá al fondo, convertida en arrecife de un pecio expoliado por los años. A veces el insomnio era su única tabla de salvación, porque cuando lograba conciliar el sueño le perseguía una y otra vez la misma pesadilla, suspendida ante él. Se precipitaba al agua y abría los ojos. En la urna mortecina del sueño podía ver todo, porque allí a ras de océano también había moteles y un cartel de neón que irradiaba un halo de soledad; de una cafetería que intuía remota le llegaba una canción antigua, como un lamento atávico y triste, un sonar que se expandía en soledades concéntricas, buscando a tientas una superficie donde chocar, un parpadeo que le situase en un punto preciso del radar del universo.

El médico de la mutua, sin molestarse en alzar la mirada de su ficha médica, como si su sola presencia le resultase molesta, había sentenciado que se trataba de un problema de nervios y le había prescrito algunos consejos inservibles y un placebo para hacer boca, algo que él había intuido en el temblor de sus manos al recetarla. «Un placebo es un cebo para peces imbéciles», se dijo saliendo por la puerta, mientras hacía

trizas el papel y lo arrojaba a la papelera del ambulatorio. Algo en su interior que era más y menos que lucidez le susurraba que aquello no era ansiedad, que era pánico de morir ahogado incluso en la carretera, ese lago atrapado para siempre en su glaciar de cemento a la espera de un deshielo que nunca llegaría.

De su nueva vida solo encontraba placer en el vaivén de los cambios de rasante, cuando el asfalto hace olas y la luz se fragmenta al sol del mediodía como espuma rompiente. A veces, solo de madrugada en la carretera, ante una recta interminable, dejaba escuchar la bocina de su camión una y otra vez como una sola nota interminable. Una nota que resonaba en la oscuridad como el lamento de una ballena, de una ballena atávica y triste sumergiéndose en el océano de la noche.

VALE



«El corazón es un niño. Espera lo que desea.»
~ Proverbio ruso



L NIÑO, SENTADO en un banquito del parque, manipulaba frenéticamente su Nintendo, columpiando las piernas como si nadara en el aire, cuando la niña se le acercó y empezó a hablarle:

«Me llamo Ana y tú te llamas David y vas a segundo con Esteban, el hermano de mi mejor amiga, que es tonto del culo y pega los mocos en el bolsillo pero nadie tiene la culpa, *ni siquiera su papá*, bueno, eso lo dice la Julia, esa pelirroja pecosa que se muerde las uñas y tuerce las piernas, y parece que se está haciendo pis pero no se hace pis, lo que pasa es que es una histérica, pero tú no puedes decir que es una histérica, ni se te ocurra, loco, que estás so loco, porque entonces

sí que se pone muy loca y se hace pis, y por eso Mercedes, su mami, la llevó a la *piscóloga*, pero eso nos da igual porque seremos novios *secretos pero formales*, como dice mi abuela que era el abuelo, que tenía un flequillo a lo Marcelino y cara de memito, como tú, lo sé porque la abuela me enseñó una foto del abu Antonio, y también llevaba el pelo a lo Marcelino, que es un niño al que le cortaban el pelo en casa que da pena, pero la yaya dijo que en la foto el abuelo tenía color sepia, y yo no entendí ni papa pero le puse cara de entender a los mayores, porque la foto es amarilla y las sepias son blancas, pero blancas como la leche semi y como tú, aunque luego pensé que lo mismo estaba enferma como Ester, la de segundo, que es amarilla como Lisa Simpson, y Julia siempre dice que lo de Ester se llama *estericia*, pero cuando le pregunté a la señorita Rocío de qué color era una sepia con *estericia* me dijo que *por qué todo lo malo le pasaba a ella, y que esas cosas se las preguntase a mi padre*, pero tú no te preocupes porque eres una sepia blanquita, como las de la pescadería de Enrique, uno que siempre le echa los tejos a mamá hasta que papá se entere y *le parta el alma*, que dice siempre la tía Marta, pero a mí no me importa un pimiento morrón lo del alma, porque un día me darás un beso con

lengua, cuando se vaya la señorita Helena con hache, uno de esos besos que hacen que mamá corra a por el mando para cambiar la tele, gritando *hala a la mierda el horario infantil*, aunque ese día a mamá ya no le importará lo del beso, porque nosotros viviremos juntos, y tendremos una niña divina a la que llamaremos Mar, como el mar de verdad, y tendrá el pelo *acaracolado* de la abuela, pero tú dirás, *estás muy loca, Anita, eso no son caracoles, que son caracolas marinas, y por eso la llamamos Mar*, y entonces pondremos el oído en sus rizos y será como tú dices, y se oirán las olas y las belugas como cuando hacemos la excursión con la señorita Marga, a la que papá llama *la margada* porque siempre nos riñe, y dice que no nos callamos ni bajo el agua, pero eso es mentira porque una vez yo me puse a hablar bajo el agua y salieron *burbrujas* y me puse amarilla, y a lo mejor por eso las sepias se ponen amarillas, porque quieren hablar con sus amigas bajo el agua y su señorita *Margasepia* no las deja, pero eso ya veas a quién le va a importar, porque nosotros nos queremos como tortolitos, que son unos pájaros que *tortolan* aunque, bueno, eso creo que me lo he inventado, pero yo lo suelto lo mismo porque la yaya siempre dice que si me callase un segundo para respirar *igual me daba un patatús*,

y por la noche leeremos cuentos para dormir, y desayunaremos tostadas de Nocilla, y un día muy lejos me divorciaré, porque *esas cosas pasan y es lo normal*, eso me lo dijo papá cuando me habló de los papás de la Julia y Esteban, y luego en el recreo dijeron que Mercedes la mami lo pilló una vez cuando la secretaria le hacía una *relación* bajo la mesa, que es algo que hizo reír como loca a la tía Isabel cuando se lo conté, y dicen que por culpa de esa *relación* ahora Pedro es papá de la Julia y Esteban solo en el chalet los fines de semana, pero no te preocupes porque todo será de mentirijillas y un día volveré contigo, y aprenderé a hablar bajo el agua con *burbrujas*, y así podré decirte que te quiero un montón a ti, y a Mar, y que a mí me da igual el pelo del niño Marcelino y que tengas la misma cara de memito que el abuelo, David, porque vas a ser el amor de mi vida, ¿vale?».

La niña le ofreció la mano. El niño se sopló el flequillo, soltó la Nintendo, le dio la suya y dijo: «Vale».

LA CONVERSACIÓN PENDIENTE



«La barca pasa, pero el río queda»

~ Proverbio malayo.»



L ANCIANO LLEVABA HORAS sentado en el banco cuando el joven, de pelo rubio y apariencia algo retraída, se sentó a su lado. El hombre parecía dormido, con la boca entreabierta, como un animal hibernando. De vez en cuando parecía removerse en el sueño, pero era solo un temblor de luz entre las ramas. El hombre permanecía inmóvil, como si utilizara sus menguadas fuerzas lo justo para mantener sus constantes vitales en esa mañana fría de enero. El crujido de la madera al otro lado del banco pareció sacarlo de su ensueño. El hombre abrió los ojos como si acabara de regresar la corriente a su cuerpo y, sin mirar siquiera,

como si retomara una conversación recién interrumpida con su mejor amigo de la infancia, empezó a hablar al muchacho:

«¿Sabe usted, joven? Yo nací aquí, donde ve aquel edificio de balcones algo oxidados. Entonces no era de apartamentos como ahora, esto era todo campo abierto y justo donde ve la entrada de un supermercado había una fuente donde conocí a mi mujer, que entonces era una joven hecha de luz... Hasta para eso era peculiar, ¿sabe? Siempre bajo el sol y, sin embargo, blanca como la nieve primeriza. Llevaba siempre vestidos de flores, pero nunca supe si los compraba así o se los ponía y florecían. Recuerdo la primera vez que cogí sus manos. Eran sutiles y gélidas hasta quemarte, como un glaciar, y como los glaciares descubrí en su interior un inmenso torrente de vida. A menudo le decía que me daba miedo que se derritiera pero, aquí entre usted y yo, era yo quien se derretía cada vez que la veía.

«Curioso lo de las miradas, ¿verdad? Cada uno mira y ve una cosa. Siempre es así, de una u otra manera. Una vez estuve en Roma, y mi mujer, que para entonces ya era mi mujer, compró uno de esos libritos con transparencias, ¿sabe usted? Esos libros con láminas de

plástico... Estás viendo el Foro Romano y solo ves piedras rotas, le pones encima la transparencia y ahí ves el Foro de Trajano en pleno día de mercado, las sacerdotisas que caminan al templo, César que se derrumba a pies del Senado. Nos divertía pasar las páginas adelante y atrás. ¡Qué tontería!, ¿Verdad? Como esos juegos infantiles de: ahora soy invisible y, *cucú*, estoy aquí... Qué ridículo es todo dicho así... Imagino que pensaré que no teníamos edad para jugar... Eso es una gran verdad y una gran mentira, como casi todo. Los hombres inventaron los juegos para aprender, y el amor no es otra cosa que un aprendizaje. Por eso los amantes se inventan juegos y, al mismo tiempo, nunca dejan de inventarse. El día que dejas de jugar el amor ha terminado y solo hay perdedores. El error está en confundir juego con juguete. Dicen que los mayas conocían la rueda pero solo la emplearon para hacer juguetes de niños. Quizá sea así siempre, ¿sabe? Tenemos el amor delante, el gran invento de la creación, pero no sabemos qué hacer con él y solo somos capaces de construir un juguete que se rompe una y otra vez. Aun así, nunca se le ocurra menospreciar los juegos como rituales de idiotas o niños, son la forma más sublime de la inteligencia humana. Con ella

era siempre así... yo le decía que era mi libro de transparencias. Ella misma parecía a menudo transparente pero, se lo aseguro, me hacía ver vida donde muchos otros solo veían un paisaje de piedras rotas. Bastaba superponer su mirada sobre nuestra realidad para que todo se poblara. Hasta que un mal día se me hizo invisible de verdad. La memoria se hizo débil, como papel de fumar mojado. Un deshielo de vida fundió el glaciar y lo convirtió en lago y luego en bruma y luego en nada. Cosas así dicen los poetas que ella leía pero, aquí entre usted y yo, fue una puta mierda todo... La lámina se empañó, así, como en los malos sueños, y cuando abrí los ojos algún dios hijo de puta había arrancado las hojas. El juego se volvió cruel, pero eso es también parte del juego, sabe usted, esa parte donde siempre se pierde. Pero no quiero entristecerle, joven. Sé lo que piensa. ¿Por qué hablan tanto los viejos? Eso es fácil de responder. Un hombre joven y en silencio es una invitación a la melancolía. Un hombre viejo y en silencio es una invitación a la muerte. ¿Le digo la verdad? Aunque a veces parezcamos resignados, los viejos tampoco queremos morir. Dicho así suena tan evidente, que parece difícil creer que tantos se olviden de ello. No, si ve mis ojos humedecidos no es

que me emocione. Me dijeron que es cosa de la edad, un defecto de los párpados y el lagrimal, y me dieron un colirio. Colirio es un nombre precioso para unas gotas del carajo, ¿no cree? Los médicos se equivocan casi siempre, eso ya lo descubrirá, salvo cuando deciden acabar con nosotros, que entonces son de una precisión que asusta. ¿Sabe? A veces me digo que esa pátina que cubre mis ojos es solo esa lámina del pasado perdida que la soledad deja caer sobre lo que veo sin pretenderlo. Me protejo con mi maltrecho libro de la memoria, y a estas alturas ya no se trata de un juego sino de una necesidad vital, si es que la palabra vital puede aplicarse a mis años. Mire, mire usted otra vez. Usted mira y ve un supermercado y unos balcones verdes. Yo ahora mismo solo veo mi juventud, una fuente y una joven de manos de nieve...».

El muchacho extendió la mano, como si con ese gesto quisiera llegar donde las palabras solas no alcanzaban: *Excuse me, sir, I'm really sorry... I don't...* El anciano, extrañamente, no pareció sorprendido. Solo sonrió y, cerrando de nuevo los ojos, como un pájaro cierra las alas al regresar a su nido, añadió: «No se preocupe, muchacho, yo tampoco entiendo nada ya».